SOBRE LAS FORTIFICACIONES DE PARIS.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESION DEL 28 DE ENERO DE 1841.

SEÑORES:

Los ánimos están indecisos, flotantes las opiniones, y la cámara perece agobiada por esa duda que agita á las asambleas concienzudas en el momento de tomar una de esas resoluciones cuyas consecuencias no percibe todavía claramente el espíritu. Para nosotros este es el momento de procurar alzar una punta del velo que cubre el secreto de nuestras conciencias y que oculta á los ojos del pais el misterio de nuestra larga irresolucion. Voy á procurar hacerlo.

Todos queremos [en este respecto no hay ninguna diferencia de partido parlamentario], todos queremos como el señor presidente del consejo, como la comision, como el señor ministro de negocios estrangeros, fortalecer á nuestro pais, y seguir las espresiones de la enmienda, poner en relacion la defensa de Paris con la defensa general del reino. Este es un pensamiento que no es esclusivo de nadie, que pertenece à todos los que tienen y aman á su pátria; yo participo de él con todos en esta asamblea. Necesitamos un mañana para un revés, si lo sufrimos algun dia.

Pero, señores, la oposicion tiene un pensamiento suyo desde que se suscitó esta cuestion á consecuencia de la revolucion de 1830; la oposicion se ha mostrado contraria al sistema de los fuertes destacados, y tiene razon, sí, me apresuro á decir que tiene razon. En este punto no se ha convertido por las hábiles y poderosas consideraciones presentadas por el honorable M. Thiers en la última sesion.

Y en efecto, señores, ¿cómo los razonamientos del honorable M. Thiers habian de cambiar semejantes convicciones? ¿Qué os ha dicho? Que no habia peligro alguno, que los gobiernos derivados, como el de Julio, de las grandes emociones populares, investidos por decirlo así, de la sancion del voto popular, jamás harian correr peligros à la libertad; que de parte de tales gobiernos no se podian temer ordenanzas funestas, que al atentar à los derechos constitucionales, echan por tierra á los gobiernos que se los permiten.

El señor relator de la comision me permitirà recordarle, á él que ha escrito la historia con tanto talento, que esa luz que ha traido á nuestras convicciones no ha obrado en su pensamiento. No ha visto ó no ha querido ver que fué en aquellos dias cuando los gobiernos emanados de las revoluciones, salidos de las tempestades del pensamiento público, cuando esos gobiernos que se dicen investidos de la mayor parte del voto popular eran precisamente los que teniendo mas violencia en su origen, se permitian á menudo, casi siempre, mas violencia en sus actos, y la violencia estaba en su naturaleza, porque estaba en su cuna.

No se engañe la cámara acerca de mi pensamiento, no crea que quiero aplicar alguna de estas consideraciones al gobierno que nos rige. No, yo le hago justicia, y todos los hombres que han ejercido el poder tienen parte en este homenage; ha sido, será siempre moderado, de ello estoy cierto; de ello nos es garante la sabiduría de los altos poderes del Estado. Pero no trabajamos para nosotros solamente; trabajamos para el porvenir, debemos conservar y legar intacta à nuestros hijos la libertad que nuestros padres nos conquistaron, y nada debemos omitir para asegurarles sus garantías.

Comprendo, y la oposicion comprende mejor que yo, que en circunstancias graves de ansiedad, de peligro público, de salud comun, se da momentáneamente gran parte del poder á la autoridad militar. Se comprenden estas dictaduras instantáneas que concentran en un solo hombre, en un solo momento toda la fuerza pública para hacerla mas enérgica en la resistencia al estrangero. Pero ¿se comprende que en un momento en que se nos dan todas las seguridades de paz por el gabinete que se sienta en esos bancos, en que el órden público y la libertad no corren peligro alguno, se venga no à dar à un hombre, no à dar à una institucion esta dictabura temporal y momentánea de que hablo, sino à criar de una manera fija, de una manera permanente, por medio de un monumento que no po-

y que segun parece él mismo no habia leido hasta entonces. Es de M. de Chambray.

El Sr. relator. Ruego à M. de Lamartine recuerde esactamente lo que dije, y no me haga decir lo que no he dicho.

No dije que todos los escritores militares habian aconsejado fortificar la capital, sino que todos los escritores militares, incluso M. de Chambray, habian aconsejado fortificar no solamente la línea de la frontera, sino puntos en el interior, una segunda y una tercera línea. Dije que el general de Chambray, y tambien, no de una manera muy positiva, sino de una manera dudosa al menos, el general Jomini, habian aconsejado una capital militar que no fuese Paris. Por eso he discutido el punto de si se pudiera hacer de Orleans una capital militar; y he demostrado de una manera satisfactoria, segun creo, para todos los espíritus sensatos (*ruidos*) que una capital militar era una quimera. (*Sí, sí! Prolongada interrupcion.*)

M. de Lamartine. Señores, si el honorable relator de vuestra comision se hubiera limitado hace dos dias en su resúmen, á sostener que todos los grandes capitanes, todos los hombres especiales habian pedido el establecimiento de puntos fortificados en el territorio, y especialmente la fortificacion de tres grandes líneas, habria dicho una cosa que de antemano estaba escrita en nuestras fronteras, porque tenemos tres líneas de fortificaciones.

No se trataba de estas tres líneas; se trataba del punto central.

El honorable M. Thiers se armaba de dos autoridades, la de Cormontaigne que comentó á Vauban, y la del general Chambray.

Estas dos autoridades completamente contradicen la opinion de vuestro honorable relator. Tengo las dos aquí y si la cámara lo desea, se las leeré. [*Sí, sí! leed.*]

Hé aquí la opinion de Cormontaigne, hombre competente, hombre clásico en la cuestion, hombre que empleó parte de su vida en comentar á Vauban.

"Pero sobre todo, en el caso en que la Francia esperimentara grandes reveses, es cuando llegaria á ser desastroso que Paris estuviese fortificado. ¿Qué sucederia, en efecto en tal coyuntura, es decir, si la Francia hubiese perdido una gran batalla en la frontera del Norte à siete ú ocho jornadas de Paris, y Paris estuviese fortificado? Los restos del ejército derrotado se retirarian á Paris para encerrarse y sostener un sitio, y esto con todas las circunstancias desfavorables que precedentemente hemos enumerado. Pero el mayor desastre que pueda sufrir una potencia, á menos que no pierda enteramente su ejército es precisamente que este ejército sea sitiado en una plaza fuerte, despues de haber esperimentado grandes reveses."

No diré mas, señores, para justificar las dos autoridades que he citado. Vuelvo á la que mas se contestó, à la que mas se interpretó ayer, á la de Napoleon.

El honorable relator os dijo tambien que en el *Memorial de Santa Helena*, lo mismo que en las grandes Memorias militares trasmitidas por el pensamiento de Napoleon á los generales sus compañeros de destierro, recomendó constantemente la defensa y las fortificaciones de la capital.

Anoche, señores, [y mirad qué cosas tan diversas pue-

den encontrarse en el mismo monumento] volví á leer el *Memorial de Santa Helena*, y hallé en el volumen VI, página 27, estas propias palabras:

"Se ha dicho que yo habia aconsejado fortificar á Paris; jamàs tuve este pensamiento, y si me lo hubieran propuesto lo hubiera desechado." [*Risas estrepitosas.*]

Hé aquí, señores, lo que se encuentra en las Memorias de Napoleon; contienen autoridades para todo el mundo.

Contestaré al honorable relator, que no daré mas importancia de la que merecen á estas miserables luchas de citas, que la que tienen para él, para nosotros y para todo el mundo. Pero puesto que se han empleado como argumentos perentorios, propios para obrar por la màgia del grande hombre en la opinion de la cámara y del pais, séame permitido restablecer las que son en favor de mi opinion. No citaré mas que una sola autoridad, y volveré á entrar á la lógica de la discusion. Esta autoridad es grande, es inmensa; porque se aplica precisamente al órden de discusion que preocupa nuestros espìritus en este momento. Daré de ella las garantias mas auténticas, auque no esté impresa; pero ecsiste en memorias manuscritas, está comprobada por generales que viven, que me la han trasmitido, y me han movido á hacerla valer ante la cámara.

En el mes de Mayo de 1806, Napoleon, acompañado de su gefe de estado mayor, Berthier, de tres generales y de un solo criado, montó à caballo y fué á hacer un reconocimiento general, como el que ha hecho hace poco tiempo el mariscal Soult, un reconocimiento general de los alrededores de Paris.

Terminada esta operacion, se detuvo en las alturas de

Chaillot, frente á los Inválidos, donde hoy reposan sus cenizas; se apeó del caballo, y dirigiéndose á los generales que lo rodeaban, les dice: "Hé aquí mi situacion dominante, culminante. Tengo á Paris enfrente; mis tropas están separadas de la capital por un inmenso espacio vacío; mi derecha está en la Escuela militar, mi izquierda en el arrabal del Roule; llamo mi artillería de Vincennes, la coloco en en Meudon, tengo mis reservas en Saint-Cloud y en el campo libre que está tras de mí. Si Paris se insurrecciona, si el poder tiene que sostener una de esas grandes luchas en que á veces perecen los gobiernos, Paris al instante es contenido, Paris al instante es vencido." Le dijeron: "Pero no pensais mas que en la insurreccion de la capital, y ¿contra el estrangero? "Hé aquí sus propias palabras: "Fortificar á Paris contra el estrangero, absolutamente no pienso en ello. No se fortifica una capital de un millon de hombres, por dos razones: primera, que no hay medio de hacerla vivir; segunda, que como en caso de sitio, todas las clases acomodadas, los ricos abandonan una capital amenazada de desastres, no queda mas que la parte que padece, y la parte agitadora de la poblacion. Un sitio en tales condiciones, (hé aquí su espresion), es una sedicion permanente." (*Prolongada sensacion.*)

Esta es, señores, la última autoridad que queria citaros.

M. Odilon Barrot. Por eso es por lo que en 1814 Paris no se defendió.

M. de Lamartine. He destruido la autoridad de Vauban, he destruido la del mismo Napoleon. Sin embargo, permitidme citaros una todavía.

Mucho se ha hablado de Carnot, y su honorable hijo ha

venido á justificar aquí todo su pensamiento; os ha presentado las verdaderas bases de esa enérgica defensa del territorio que lanzaba catorce ejércitos sobre vuestras fronteras, pero que ciertamente no pensaba encerrar dentro de murallas la nacionalidad, la energía del patriotismo francés.

Dejadme citar aún la autoridad de un hombre que no comprendia menos bien que Napoleon y que Carnot las verdaderas leyes de la defensa de un gran pueblo como el pueblo francés, Bernadotte. En la época mas desastrosa del directorio, cuando los vendeanos estaban en Angers, cuando una espedicion estaba lista para salir de Porstmouth al mando del duque de York, cuando los desastres de Italia llamaban la atencion y escitaban la ansiedad de la Francia toda. Sieyes, director en aquella época que habia sido tambien político especulativo y folletista ilustre, mandó llamar al general Bernadotte, entonces ministro de la guerra, y le dijo: "Es menester fortificar á Paris, es menester fortificarlo á toda prisa." ¿Qué contestó Bernadotte? "Si quereis hacer semejante locura, buscad un hombre que no sea general francés. ¡Fortificar á Paris! Tendria yo cien veces mas miedo del millon de hombres que tuviera yo tras de mí, dentro de las murrallas, que de los doscientos mil hombres que tuviera al frente..." (*Ruidosas esclamaciones.*)

Un Diputado. Tanto peor para Bernadotte si dijo eso!

M. de Lamartine. Dijo estas propias palabras: "Temeria mas para mi ejército las emociones, los trances populares de un millon de hombres que sufrieran tras de mí en Paris, que á doscientos mil enemigos que tuviera en contra, y la primera cosa que haria seria hacer salir al

ejército de Paris." (*Movimiento.*) Esta es la última autoridad que cito, y es competente.

Ahora una palabra al señor relator.

Os ha hablado de los acontecimientos de 1814 y 1815. En su concepto espíritus fuertes fueron los que á otros inspiraron cobardía en aquellas circunstancias; espíritus fuertes fueron los que decian á su pais: "Defendeos en todas partes; pero no concentreis vuestra defensa donde el enemigo convergente por todos los rádios hácia un centro comun, pudiera facilmente sofocarla."

Pues bien, permítame una sola palabra. Hay un terrible problema histórico en los acontecimientos de 1814 y 1815. El otro dia fuí mas prudente que él en la tribuna, pues dije: "Refiero estos acontecimientos y no los justifico." Es menester respetar esas situaciones terribles en que suelen encontrarse los grandes pueblos. No, yo no juzgo los sucesos de 1814 y de 1815, porque si hubiera de juzgarlos, tal vez me veria obligado á condenar á mi pais. ¿Y qué soy yo, qué derecho tengo para condenar á mi pais? ¿quién soy yo para acusar á un gran pueblo como la Francia? Sabeis quiénes fueron los hombres á quienes ahora se llama espíritus fuertes? Fueron todos aquellos grandes patriotas cuyos nombres han permanecido mas legítimamente en posesion de vuestro respeto: fué el ilustre mariscal Ney, quien mas tarde derramó por su causa su gloriosa sangre; fué el general Lamarque, ué Manuel, fué el mismo la Fayette; estos fueron los hombres que llevaron la capitulacion de Paris, que impusieron al emperador el deber de abandonar su capital y que de este modo se espusieron al destierro, que afrontaron valerosamente antes que esponer la capital de su